

Poder elegir

Uno creía que sólo los países tradicionalmente malvados eran los que fabricaban minas antipersonales. Ya saben ustedes: esas pequeñas bombas que apenas arrancan una pierna, un brazo, un ojo, una mano, y de las que están sembrados los países del Tercer Mundo. Algunos de estos petardos tienen, como es sabido, formas caprichosas, de mariposa de juguete, por ejemplo, para atraer a los más pequeños. Hace unos años nos felicitábamos de que Diana de Gales, tras un viaje a Angola, denunciara ante la BBC el estremecedor espectáculo de decenas de niños mutilados por tales artefactos en un país que ya ha sufrido más de 20 años de guerra civil. Recordaremos ahora que su claro alegato provocó el enfado del Partido Conservador.

Los conservadores británicos son unos señores que habitualmente tienen hijos sin mutilar y que pedirían la pena de muerte para el psicópata que sembrara el patio de un colegio con botes de refrescos que reventaran al cogerlos o caramelos de pólvora que arrancaran la lengua al chuparlos. En las sociedades cultas del Primer Mundo los psicópatas tienen muy mala prensa porque comenten este tipo de tropelías tan repugnantes, como ven. Sin embargo, las bombas que parecen mariposas o caballitos de cartón se hacen en nuestras fábricas de armamentos, dirigidas por padres de familia que los domingos asisten en familia a los oficios religiosos. Nada hay más normal, por ejemplo, que un director de personal de una de esas empresas especializadas en arrancar de cuajo las piernecitas de los niños angoleños. Algo no encaja.

Lo malo es que acabamos de leer que España también fabrica minas antipersonales. Uno lo ignoraba, la verdad, creía que eran cosas de países péfidos. Me parece urgente saber cuántas y dónde se han distribuido, para saber de cuántas manos amputadas somos responsables. Pero, sobre todo, me parece que los políticos deberían decir en sus campañas si piensan continuar con ese tráfico indecente. Ya que no hay derechas ni izquierdas, que podamos elegir entre psicópatas buenos y psicópatas malos. Muchas gracias.

Juan José Millás